

GÓMARA NO FUE JAMÁS LACAYO DE CORTÉS

Guy Rozat

Instituto Nacional de Antropología e Historia

Los que conozcan el programa de hoy pueden constatar que yo no debería estar exponiendo en este momento. Si tomé el atrevimiento de reemplazar a la Dra. Nora Edith Jiménez, que había aceptado participar en este intento general de pensar la naturaleza de la obra duvergiana, es porque no podrá estar con nosotros y me pidió que la disculpara ante ustedes. Esa es la razón por la cual les pido disculpar también mi atrevimiento por inmiscuirme en un campo que es definitivamente suyo. Me pareció que nuestro coloquio hubiera estado cojo sin una reflexión sobre la obra de Gómara a la cual esta colega ha consagrado una investigación impresionante y fundamental. La reflexión sobre la obra de Gómara es absolutamente necesaria ya que, como veremos, Duverger hace intervenir de manera muy importante a ese cronista en la supuesta estrategia de escritura que organizó Cortés al inventar el apócrifo testimonio del simple soldado testigo de la conquista¹.

Un cronista con mala reputación

Supongo que la mayoría de ustedes ha oído a sus maestros, leído en revistas, libros y entrevistas acusaciones muy graves sobre la naturaleza de la obra americana de Gómara². Una imagen más bien

1 Una primera versión de esta reflexión fue publicada en un artículo de Graphen, Revista de Historiografía, *Regresar a Gómara, invitación a re-visitarse la obra de un Cronista maldito*. Grupo de Historiografía de Xalapa, Xalapa, INAH-Veracruz, 2004.

2 Historia de Indias y Conquista de México, Zaragoza, Agustín Millán, 1552, edición facsimilar del Centro de Estudios de Historia de México, Condumex, México 1978. Se puede también encontrar en México, Historia General de las Indias y vida de Hernán Cortés, prólogo de Jorge Gurría Lacroix, Caracas, Talleres de Italigráfica, 1979 (Biblioteca Ayacucho, 64), e Historia de la Conquista de México, estudios preliminares de Juan Miralles Ostos, México, Ed. Porrúa 1988. Entre las muchas ediciones de la obra americana de Gómara, podemos ver cómo cambian los títulos de dicha obra, sólo

demoledora, llueven las críticas: se acusa al clérigo hispano de que no pisó nunca tierras americanas, y otra de no menos peso, de haber mojado su pluma en una tinta mercenaria. Los historiadores en general, fueron aceptando, sin más averiguaciones, las críticas vengativas del muy “verídico” Bernal, y así generaciones completas de historiadores desconfiaron de ese cronista³. Pero Bernal no fue el único origen de esa empresa de denigración, como lo hace notar muy bien Duverger,⁴ el muy afamado Las Casas, otra fuente de “verdades” americanas, fue probablemente el primero en lanzar esas acusaciones.

Mi generación, de manera un tanto acrítica, arrullada por la idea simplona de que “la historia la escriben los vencedores”, no estaba muy bien armada para intentar un nuevo acercamiento a esa obra, prefiriendo definitivamente el testimonio del simple peón de la conquista al del lacayo del bravucón Cortés. Extraño destino el de ese “simple” soldado hispano, vuelto oidor guatemalteco, redescubierto

ponemos aquí la muy llamativa edición: López de Gómara, Francisco, *Hispania Vitrix*; Primera y segunda parte de la Historia General de la Indias con todo el descubrimiento y cosas notables que han acaecido desde que se ganaron hasta el año de 1551 con la conquista de México y de la Nueva España, en Medina del Campo, por Guillermo de Millis, 1553.

3 Estos prejuicios se han vuelto tan universales, como la veracidad de Bernal, que podemos encontrarlos reafirmados y caricaturizados en Wikipedia, la enciclopedia libre de Internet versión hispana: “Francisco López de Gómara (Gómara, Soria, 1511 – Gómara, 1566), fue un eclesiástico e historiador español que destacó como cronista de la conquista española de México, a pesar de que nunca atravesó el Atlántico. Aunque tampoco viajó al Nuevo Mundo, escribió muchas obras que se refieren a su conquista. Fue también un humanista que conoció a Hernán Cortés y se quedó en su casa como capellán, escuchando lo que decían todos aquellos que pasaban por dicha casa para crear varios libros escritos de oídas y a gusto de su patrono. Eso explica que el mismo Inca Garcilaso hiciese anotaciones a La Historia General de las Indias de López de Gómara.” En los enlaces se puede encontrar un facsímil de esa edición del año 1555, anotada por Garcilaso, salida de las prensas de Zaragoza. Otro enlace apunta también a fragmentos de un facsímil, de la edición de Martín Nucio, Amberes, 1554. “La concepción caudillista de López de Gómara fue punto de partida para la visión distinta de Bernal Díaz del Castillo, en su Verdadera Historia”. La versión francesa (traducida por el autor de este capítulo) es igualmente negativa sobre el cronista: “Francisco López de Gómara es un historiador español del S. XVI, originario de Sevilla. Después de estudios en la Universidad de Alcalá de Henares, Francisco López de Gómara consagrado sacerdote entra al servicio de Hernán Cortés. Fue el capellán y secretario del conquistador en los últimos años de la vida de ese último y se volvió su historiógrafo oficial. Tuvo así acceso a informaciones de primera mano de parte de numerosos viajeros que regresaban del Nuevo Mundo como Gonzalo de Tapia o Bernal Díaz del Castillo. Describe por lo tanto con precisiones la Conquista de América en su más célebre obra, la Historia general de las Indias. El libro se difundió en los países vecinos y fue traducido en francés y después en Italiano”

4 Crónica de la eternidad, Op. cit. pág. 76.

y consagrado en el siglo XIX como “El historiador de la conquista”, por un historiador norteamericano, William Prescott.

Por suerte para nosotros, la negra reputación de ese cronista no asustó a Nora Edith Jiménez, a quien podemos agradecer haber escrito este libro tan fundamental que se presenta como un magnífico ejercicio de historiografía sobre ese tan sospechoso cronista español⁵.

Así hoy, frente a una obra tan completa y tan compleja sobre el conjunto y la obra y vida de Gómara nos encontramos en una encrucijada ¿Cómo presentarles decentemente ese texto en escasos minutos? Solo presentaremos los elementos que pueden ayudar a entender las “relaciones” entre Cortés y Gómara, aunque podemos concluir más bien, con Nora Jiménez, en una ausencia de relaciones formales entre los dos hombres⁶. En esta pequeña intervención debemos advertir que no pretendemos agotar todas las ricas vetas que nos ofrece su libro pero esperamos, por lo menos, convencerlos de que si hay algún libro de historiografía sobre la historia de la conquista de México reciente que leer, es éste.

Cuando Nora Jiménez nos invita a regresar a Gómara, sabe de ante mano que esta proposición tiene que vencer grandes resistencias, incluso ella no empezó una vindicación de Gómara por juego o por gusto de la paradoja, como lo confiesa en su introducción. Nora desconfió durante años también de la fascinación que los textos de ese cronista producían a veces sobre otros investigadores, como lo confesó en su tiempo el maestro Ramón Iglesias, y por lo tanto, ella se cuidó de tener cualquier contacto con su obra. Estaba persuadida, como lo pretendía la *Vulgata* construida sobre la Conquista mexicana, de que al menor acercamiento a esa pluma mercenaria, el investigador incauto se arriesgaba a perder irremediabilmente todo sentido crítico por la magia seductora de la simple lectura de los textos de Gómara⁷.

5 Nora Edith Jiménez, *Francisco López de Gómara. Escribir Historias en tiempo de Carlos V*, COLMICH-INAH, México, 2001.

6 Ausencia confirmada por las investigaciones de María del Carmen Martínez Martínez, quien, por ejemplo, en Nexos: // www.Nexos.com.mx/?P=leerarticulo&Article=220422 nos dice que “las pruebas documentales no otorgan la condición de capellán de Cortés”. Ver también en internet su artículo “Fernando López de Gómara y Hernán Cortés: nuevos testimonios de la relación... en *Anuario de Estudios Americanos*, 67,1, Enero-junio, 267-302, Sevilla, España, 2010.

7 Nora E. Jiménez, Op. cit., p.13. “No quería que su lectura condicionara o viciara lo que yo hacía de la *Historia verdadera de la conquista de México*, como les había ocurrido a dos antecesores míos en aquel tema, Joaquín Ramírez Cabañas y Ramón

Así debemos tomar esta invitación de manera realmente seria porque esa proposición es el producto de años de investigaciones que convencieron a su autora de lo fundamental que fueron las obras de ese cronista para la organización y fijación del discurso histórico sobre la Conquista americana.

De Bernal a Gómara

Queriendo incluir algunos elementos de información de Gómara al conjunto de los que ofrece el relato de Bernal, que era su objeto de estudio desde su tesis de licenciatura, Nora Jiménez pudo darse cuenta, conociendo ahora bastante la obra de Bernal, de lo fundamental que fue la obra del clérigo Gómara, para que pudieran, incluso, existir partes completas de la obra del soldado raso de Cortés⁸.

Esa ambigüedad de la figura del “testigo”, que reconstruye “su testimonio” apoyándose sobre el texto de alguien que no ha visto, nos dice la autora, no es caso único. Ese mismo mecanismo de producción retórica de “testimonios verdaderos” está en el corazón de los relatos de varios “testigos” en muchos otros contextos y no sólo americanos⁹.

Se nos presenta la interesante pregunta: ¿qué es más importante para “entender la conquista”, el relato de un supuesto testigo *naif*, sin muchas letras o el de un eminente historiógrafo, aunque sea hispano, que intenta pensar y construir un relato, cruzando fuentes diversas y múltiples testimonios? Es evidente que debemos rechazar este tipo de falso debate estelar: Bernal contra Gómara; no se trata realmente de “escoger” entre uno y otro, sino de no caer

Iglesias, que de la defensa comprometida de Bernal habían pasado a la preferencia por Gómara.” Ver Joaquín Ramírez Cabañas, *Introducción a Francisco López de Gómara, Historia de la Conquista de México*, 2 Vol. México, Porrúa, 1943. Y Ramón, Iglesias, *Cronistas e historiadores de la conquista de México: el ciclo de Hernán Cortés*, México, El Colegio de México, 1942. El autor de estas líneas debe confesar también que durante años fue reacio a entrar a la lectura y estudio de las obras de Gómara que habían sido tan despectivamente connotadas.

8 Nora E. Jiménez, Op. cit., p.14 “La ubicación de las hazañas de los conquistadores en el espacio geográfico que Gómara estableciera, eran rescatadas tan cercanamente por Bernal Díaz, *el testigo*, hasta el punto de ser prácticamente el soporte de la “memoria” que tantas veces se le había alabado a este último”.

9 En el siglo XV el imaginario occidental está tan lleno de la presencia de Indias fabulosas que Juan de Mandeville puede inventarse un viaje a ese país de las maravillas, sin dejar un solo día su biblioteca.

en la trampa bernaldina de la inocencia y de la virtud del simple como fundamento de la verdad¹⁰.

La proclamación de la sencillez y de la humildad del testigo/cronista es un clásico topos de la retórica del testigo en el relato histórico desde hace siglos, va, generalmente, con el hecho de haber visto, que funda desde Herodoto, “la verdad” del testimonio¹¹.

Otro momento estratégico de su investigación, como lo confiesa también la autora, fue darse cuenta de lo que por desgracia pocos autores hacen, que estas crónicas del siglo XVI y XVII, no han sido escritas para ser fuentes de “historias nacionales americanas” de los siglos venideros, sino que toman su sentido verdadero sólo en la reconstrucción difícil del ambiente cultural y social peninsular de su época¹². Algo que no parece haber entendido jamás nuestro Duverger.

El intento de ir más allá del carácter “estrictamente indiano” de la obra de Gómara fue lo que llevó a la autora a no temer perseguirlo en los archivos europeos y llegar a descubrir en paraderos desconocidos, manuscritos que se creían perdidos como las “*Guerras del Mar*” que editó en España¹³. Lo que nos propone por lo tanto Nora Jiménez, es un giro fundamental en los estudios “gomarianos”: olvidarnos de la tradición que haría de la “Conquista de México” y de la “Historia de las Indias” la parte medular de la obra de ese autor. Pero este giro no lleva a la autora a despreciar o negar al Gómara indiano, sino que al contrario, le permite afirmar la importancia fundamental de ese texto

10 No debemos jamás olvidar que una verdad está casi siempre construida retóricamente, aunque el relato se autoprocleme como el producto de un simple testigo, redactando sólo un genuino testimonio alejado de toda retórica.

11 Sobre la importancia del testigo como piedra angular del relato histórico, ver por ejemplo François Hartog, El testigo y el historiador, en *Historia y Grafía*, No.18, UIA, 2002, pp.39-62.

12 No se trata aquí, nos dice la autora, de un simple error de método fácilmente corregible, sino de algo mucho más fundamental, considerar estas crónicas como “fuentes de historia nacional o regional” es negar la relación de comunicación fundamental que la constituye, lo que tiene como resultado tergiversar totalmente su sentido profundo. Es interesante pensar por qué a pesar de haber sido denunciado este craso error metodológico desde hace décadas, muchos de los investigadores siguen practicándolo, aunque de manera vergonzosa. Ese “error” es finalmente uno de los más “fecundos”, porque permite una manipulación generalizada y sin restricciones ni castigos de esos textos históricos, por los ideólogos de la idea nacional.

13 López de Gómara, Francisco, *Guerras de Mar del Emperador Carlos V* [Compendio de lo que trata Francisco López en el libro que hizo de las guerras del mar de sus tiempos], ed. introd. y notas de Miguel Ángel de Bunes y Nora Jiménez, Madrid, Sociedad Estatal para la conmemoración de los centenarios de Felipe II y Carlos V, año 2000.

para la estructuración del relato general que va a organizarse en el mundo hispano, es decir de los dos lados del Atlántico, sobre América.

El gran éxito del texto de Gómara en su tiempo lo hizo constituirse, según Nora Jiménez, en

“una especie de comodín, tantas veces criticado por su inexactitud como imitado de forma un poco vergonzante porque ninguno de los escritores que lo tomó como base se atrevió a confesar cuanto había tomado de él”¹⁴.

Por lo tanto, creemos que se encuentra perfectamente justificado el nuevo estudio de la obra de ese cronista que nos propone la autora.¹⁵

Hacia un nuevo Gómara

Después de haber ido en busca del Gómara hispano, autor de historias españolas, Nora Jiménez se siente autorizada a decirnos, sin caer en alabanzas excesivas, que Gómara es probablemente “uno de los historiadores más importantes de la época de Carlos V; al mismo tiempo uno de los más originales y uno de los más completos”¹⁶.

Llegar a esta conclusión la obligó a discutir a fondo las acusaciones clásicas en contra de la obra de Gómara, aunque sean afirmaciones emitidas por personajes muy respetados como ya lo dijimos: Fray Bartolomé de Las Casas o muy afamados como Bernal Díaz del Castillo.

En su *Historia de las Indias*, como lo hace notar Duverger, el dominico, después de haber intentado desacreditar el texto de Gómara diciendo que no había visto “cosa ninguna, ni jamás estuvo en las Indias”, afirma que ése sólo “escribió lo que el mismo Cortés le dijo”, llegando a sostener que fue Cortés el que “dictó lo que había de escribir Gómara”¹⁷. Evidentemente después de la lectura de la obra que nos propone Nora Jiménez mandaremos

14 Nora. E. Jiménez, Op. cit. p. 14.

15 Nora. E. Jiménez, Op. cit. p.15. “La investigación que he dedicado a López ha tenido como tarea principal explicar y documentar la seducción ejercida por la obra de López de Gómara”

16 Nora Edith Jiménez, Op. cit. p.15. Insiste en la creatividad, en términos narrativos, de Gómara ya que sus narraciones, tanto en la *Historia de Indias* y *Conquista de México* como en las *Guerras de Mar* y los *Anales*, se volvieron “textos fundantes en la tradición de representaciones sobre los procesos históricos de que se ocupan, la primera respecto a la empresa americana y las otras dos respecto de la política europea y mediterránea de Carlos V”.

17 Bartolomé de las Casas, *Historia de las Indias*, T. II, Lib. III, Cap. CXIV, Madrid, Aguilar, pp. 476 – 477.

al buen padre Las Casas a confesarse por haber pecado contra el amor al prójimo y por envidioso, habiendo mentido y escupido sobre la obra de su camarada.

En cuanto al testimonio de Bernal, la opinión común ha hecho suya la afirmación del soldado–cronista, de que fue leyendo a Gómara cuando se sintió animado por un justo coraje, y empezó la redacción de su “verdadera” historia. En ese reclamo por las inexactitudes de Gómara va afirmando que Cortés le había “untado la mano” y es por eso que el cronista-mercenario no podía decir la verdad, ya que atribuye todos los méritos de la Conquista a las iniciativas de Cortés, robando así parte de la gloria legítima de los simples soldados, concluyendo: “no tiene la culpa él, sino el que le informó”.

Hasta aquí podemos ver lo polémico que es la tesis defendida y demostrada en este libro: no es Bernal el que construye una obra en contra de Gómara, sino que es la obra de Gómara la que estructura y permite la existencia de la obra de Bernal.

La adopción generalizada de esa condena tuvo el efecto perverso de que los estudiosos no se interesaran realmente en la compleja vida y las otras obras de Gómara, nublando toda perspectiva “su supuesta posición de capellán del conquistador Hernán Cortés”¹⁸.

Es para ir más allá de “una imagen borrosa y aun contradictoria del personaje” que Nora Jiménez buscó “ensayar vías distintas” para construir una biografía que intentara repensar lo que se había dado por sentado durante décadas. Una biografía que no sería sólo:

“una acumulación de datos “curiosos” o con mero afán anecdótico, sino una vía para captar el proceso cultural encarnado en el texto que se estudia: en qué condiciones personales y sociales se ha producido; sobre qué referencias se elabora; qué tradiciones reproduce, cuáles transforma, y en ese sentido, cuál es su originalidad y su impacto en la línea de pensamiento en la cual se inscribe”¹⁹.

18 Nora Jiménez nos recuerda que desde la primer biografía esbozada por Enrique de Vedia, de mediados del siglo XIX hasta los ensayos historiográficos de Ramón Iglesias, si bien poco a poco se fueron esclareciendo algunos detalles de su vida personal, a mitad del siglo XX (y hasta la fecha) se sigue oponiendo aún la Crónica de Bernal testigo a un Gómara cortesano, historiador de escritorio pagado por un patrono.

19 Nora E. Jiménez, Op. cit. p. 22. “Al tiempo que pretendo propiciar que la obra de Gómara tenga más lectores, más interesados y mejor pertrechados con nociones que les permitan comprender con mayor profundidad los términos en los que está escrita, pretendo también ofrecer un ejemplo de cómo ninguna lectura de texto puede acceder a la comprensión de su materia separándola del contexto en que fue producida”.

Pensando el génesis de la obra

Tras esa búsqueda de otro Gómara, se escondía también para Nora Jiménez una intención claramente pedagógica:

“uno de los propósitos que he querido cumplir es mostrar cómo el acto de lectura que llevamos a cabo los historiadores implica seguir trazos perdidos, ponerse en el centro de mundos mentales extinguidos, hallar la forma de seguir razonamientos que se rigen por lógicas (teológicas, cotidianas, espaciales), que vistas desde la nuestra pueden carecer de sentido. Ir recobrando su coherencia es el reto”²⁰.

Era un reto formidable el de aferrarse a querer re-pensar la obra de un “oscuro clérigo de Soria”, cuya personalidad había sido, desde hace siglos, el objeto de puros juicios adversos, negro retrato constituido por puros lugares comunes.

“Una vez definidas algunas de las aportaciones de Gómara a la construcción de sus objetos históricos, la tercera parte examina las posibilidades de difusión de sus escritos, el problema mismo de la prohibición, algunos elementos sobre la circulación de su única obra impresa, y la huella de su versión en escritos posteriores. Explora cómo la disponibilidad de su libro permitía a escritores futuros participar en la discusión del tema indiano a partir de la base provista por el texto gomariano y di ejemplos de lo que estos escritos discuten, retoman, copian, etc. Del examen de sus ediciones como libros concretos, que predispusieron a determinados usos, se pasa a presentar una muestra de los diversos tipos de lectura que la Historia de Indias y Conquista de México mereció”.²¹

Una de las importantes conclusiones a las que llegó esta investigadora después de tan largo recorrido documental y reflexivo, fue darse cuenta que la manera simple, clásica, de trabajar las llamadas Crónicas de Indias como obra de un individuo particular, era insuficiente. Y que la información que se generaba de considerarlas, no como simple epifenómeno producto de un espíritu individual más o menos brillante, sino como pertenecientes a un género literario propio de la época, le permitía no sólo entender mejor el conjunto de elementos argumentativos contenidos en esa obra y la lógica de sus combinaciones, sino también, que comparándolas con otras obras del mismo género, se podía entender la retórica general que las animaba, su modo de composición, el efecto buscado por el autor y sus finalidades culturales y sociales.

²⁰ Nora E. Jiménez, Op. cit., p.22.

²¹ *Ibidem.*, p. 24.

Es evidente que la agrupación de las crónicas en géneros podría ayudar a los estudiosos novatos y a los ya entrados en la carrera, a darse cuenta de la necesaria omnipresencia y por lo tanto de la repetición de los lugares comunes que eran la base de la cultura de la época y cuya repetición-recreación era el colmo de la norma de calidad de un autor. Se podría así evitar que los estudiosos de esas crónicas cayeran en la trampa de la Verdad de la Historia cuando sólo se trata de una simple y retórica verdad del texto.

Por ejemplo, llama muy poco la atención de los investigadores la profusión de descripciones que no son otra cosa que otros tantos *exempla*, de la misma naturaleza que los de los sermones de los predicadores, anécdotas, moralejas tradicionales, diálogos, que se podrían rastrear desde hacía siglos en los textos medievales y que son considerados por las historiografías nacionales, como tantas anécdotas ocurridas en tal o tal momento y circunstancias que los investigadores buscan desesperadamente precisar.

Gómara, autor prohibido

Una de las cosas que aprendí de este estudio y ya lo había leído en algún ensayo pero no le había prestado una suficiente atención hasta este momento, es que dicho texto, que se nos presenta de este lado del Atlántico como una simple versión mercenaria de una verdad hispana, fue prohibido en su tiempo. La autora nos recuerda que el 17 de noviembre de 1553 el Príncipe Felipe firma en Valladolid un documento contundente, el de la prohibición del libro de Gómara, y constata que la existencia de “ese documento, es uno de los mayores quebraderos de cabeza para los estudiosos de Gómara”²². Y más aún porque vuelto rey, Felipe confirma el 7 de Agosto de 1566 la condena, con una re- expedición de la cédula sin modificaciones²³.

22 Nora. E. Jiménez, Op. cit., p. 274. Éstos al preguntarse “a qué causa precisa se debió el interdicto, máxime cuando fue seguido de una exhaustiva investigación – el 8 de Enero de 1554 – entre doce libreros de la Ciudad de Sevilla, con el fin de averiguar si tenían ejemplares de la obra, a quiénes los habían vendido, de quiénes los habían comprado. En esta investigación se les requirieron los tomos que tenían en su poder, se advirtió a los libreros de la cédula, y tres veces se pregonó la orden en los lugares más concurridos de la localidad: una ocasión en la plaza de San Francisco y dos en las gradas de la catedral”.

23 Nora E. Jiménez, Op. cit., p. 277. “El libro no será reimpresso hasta 1729 cuando Andrés Gonzáles Barcia logra la autorización de incluirlo entre sus *Historiadores primitivos de Indias*.”

La explicación más antigua de esa prohibición, nos aclara Nora Jiménez, se debe al bibliógrafo Antonio de León Pinelo. En 1737, éste explicó:

“que por más cercana en el tiempo se ha considerado fiel reflejo del criterio contemporáneo de la prohibición: la obra de Gómara sobre las Indias es historia libre y es mandada a recoger por cédula antigua del Consejo Real de las Indias; pero en el año de 1729 permitió que se volviese a imprimir y se está acabando”.

Comentando, Nora Jiménez:

“No tenemos certeza de lo que el término libre quiere decir, pues podría referirse no a la independencia de juicios en su elaboración como se suele interpretar, sino a que no fue hecha por un cronista oficialmente nombrado por el Consejo de Indias”.

Nuestra autora reúne así para nosotros muchas opiniones que varían con los intereses y las lecturas que cada estudioso hizo de esas obras, por ejemplo:

“Merrimann, editor de los *Annales de Carlos V* de Gómara, considera que la causa de la prohibición había sido, sin duda, los elogiosos comentarios de Gómara sobre la persona de Hernán Cortés, la corona tal vez juzgando desmesurado que alguien pudiera hablar tan bien de ese personaje”.²⁴

Henry Wagner:

“barajó varias teorías, algunas más acertadas que otras: por un lado, elucubró que los comentarios “atrevidos” hechos por Gómara acerca de la madre de Cortés y del propio conquistador, pudieron haber suscitado una reacción dentro de la familia del Marqués que busco su proscripción. Por otro lado, habiendo revisado buena parte de las ediciones antiguas, propuso como causa que la edición de la Historia de Indias había violado las leyes sobre la publicación de libros en España”.²⁵

Y Ramón Iglesias atribuirá la prohibición a “la libertad de juicio de Gómara, su independencia de criterio al censurar las medidas de Carlos V o de sus gobernantes que le parecían desacertadas”²⁶.

24 Nora E. Jiménez, Op. cit. p. 293.

25 Idem

26 La idea de que fue el aspecto crítico de la política imperial, la causa de la prohibición, también la maneja Robert E. Lewis que considera que Gómara, poniéndose del lado de los encomenderos americanos, se oponía a la política del emperador, cuyas líneas directoras provenían de la adopción de la posición lascasiana. Opinión que fue también la de Jorge Gurría Lacroix que declarará que Felipe II influido por Las Casas expidiera en la propia Valladolid una cédula real por medio de la cual se prohibía la impresión y venta de la Historia General... Nora E. Jiménez, op cit., p. 295.

Marcel Bataillon, en su artículo *Hernán Cortés, autor prohibido*, imagina, nos dice la autora, razones más verosímiles, constatando que la prohibición tenía más bien por objeto la segunda parte de la obra de Gómara, concluyendo que no se trataba de una persecución contra un autor, sino únicamente contra las historias escritas acerca del Conquistador. Haciendo notar:

“que la tercera disposición coincidiera con el levantamiento de Martín Cortés, hizo a Bataillon pensar que se trataba de acciones consistentes de un monarca que sentía desconfianza ante su más poderoso vasallo en Nueva España y estaba alarmado ante la posibilidad de insurrección de su más nuevo y remoto reino.”

Añadiendo:

“El dato hasta ahora desatendido no es mera anécdota. Ilustra una tensión permanente entre la corona y los descubridores o conquistadores considerados como posibles pretendientes a virreinos hereditarios, apoyados en un separatismo criollo”²⁷.

Bataillon tampoco se creyó la afirmación de Lewis Hanke de que fue las Casas el que había conseguido hacer prohibir la obra de Gómara, como había logrado obstaculizar a la de Oviedo, Bataillon siempre dudó de que las Casas tuviese tanta influencia en la corte. El debate que se dio entre esos dos eminentes lascasófilos debe ayudarnos a pensar el lugar y la naturaleza real de esas polémicas intra-españolas. Ese supuesto triunfo de Las Casas no debe hacernos olvidar, como nos lo recuerda la autora, que Las Casas mismo “fue víctima de una prohibición irrevocable por su Confesionario” que fue juzgado “peligroso para la paz de Indias”. Tampoco las Casas podía promover una búsqueda de libros en las tiendas de los libreros españoles, porque existía el muy serio “riesgo de que se descubrieran también sus tratados doctrinales, impresos sin autorización”.

“Para nosotros, conviene sobre todo hacer énfasis en que la censura se dirigió sólo a los textos de tema indiano escritos por Francisco López, y tuvo que ver con el efecto político que la divulgación de estos hechos podía tener en la opinión pública hispana y americana”.

27 Nora Jiménez apoya su conclusión informándonos que “en sus cursos en el College de France, Bataillon hace notar que el libro no figuró nunca en los índices inquisitoriales, lo que mostraba que la prohibición había sido de índole política.” Op. cit., p 196. Ver también: Marcel Bataillon, “Hernán Cortés, autor prohibido”, en *El libro jubilar de Alfonso Reyes*, México UNAM, 1956 y del mismo, *Erasmus y España. Estudios sobre la historia espiritual del siglo XVI*, Trad. Antonio Alatorre, México, F.C.E. 1982.

Considerar esa medida como eminentemente política lleva a la autora a reconstituir para nosotros lo que tras bambalinas estaba en juego en esa prohibición:

“La imagen positiva de Cortés había sido ratificada por su heredero y el autor mismo en el prólogo había ofrecido esta fama como parte del patrimonio que el segundo marqués del Valle heredaba. Este patrimonio y el poder político en que podía capitalizarse, son lo que se quiere anular con la cédula de 1566”.

Nos recuerda que si “el relato de Gómara incluye alabanzas a Hernán Cortés que pudieron haber incidido en la prohibición”, también se puede notar que “su admiración a los conquistadores no es incondicional”, y la mención de los proceder violentos de las guerras pizarritas por ejemplo no “contradijo para nada los intereses de la corona”²⁸.

Si las opiniones sobre la prohibición del libro de Gómara han sido tan pobres, si dejamos aparte los intentos de Bataillon, como nos explica de manera muy convincente Nora Jiménez, es porque las famosas discusiones sobre las Indias, las de Valladolid y otras, han sido muy caricaturizadas e instrumentalizadas, como desarrollándose entre buenos y malos, entre buenos defensores de pobres e indefensos indios y malos y corruptos defensores de los conquistadores explotadores. Es sólo saliendo de esa oposición moralista reductora “indianista” que esta prohibición puede tomar sentido y revelarse como un síntoma de lo que está ocurriendo en la corte española²⁹.

“La publicación en Castilla de la Historia de Indias y, -por lo que se ve su paso hacia América- se hace cuando aún es reciente el debate vallisoletano entre Las Casas y Ginés de Sepúlveda. Este debate sería referencia inmediata para quien leyera la última frase de la *Historia General*. Aunque Bartolomé de las Casas asumió como un hecho el dictamen a favor de

28 Aunque, como recuerda Nora Jiménez, para los grupos familiares de los participantes, su relato fuese algo a veces difícilmente superable sobre todo cuando los parientes habían estado del lado rebelde a la autoridad real. Por ejemplo, nos recuerda la vergüenza del poeta Garcilazo de la Vega, que se lamenta “del pasaje de Gómara en donde se habla de la participación de su padre en la rebelión pizarrista, con una apostilla sobre el ejemplar de su propiedad que rezaba: “esto me ha quitado a mí el comer”. Para el caso de la importancia de la obra de Gómara para el Inca, ver el Epílogo, p.333-344.

29 Nora E. Jiménez, Op. cit., p 296. “Por su parte, la relación de la prohibición con la discusión de las Indias es también más compleja de lo que se acepta. Había un peligro implícito de que el dominio de la corona española fuera cuestionado. En España dicha discusión había desembocado en la publicación de las Leyes Nuevas de 1542. Pero éstas, a su vez, habían sido una chispa que encendió el ya de por sí revuelto ambiente peruano.”

sus opiniones y el interdicto sobre el *Demócrates Alter* continuó en vigor, Juan Ginés tradicional defensor de la política imperial siguió integrado a la corte, como lo estaba desde su nombramiento de cronista oficial de Carlos V, en 1536. Su epistolario –constata la autora- no da muestras de que a partir de este debate haya quedado totalmente aislado o repudiado, ni que sus opiniones fuesen condenadas unánimemente. La Corona nunca se pronunció en forma definitiva sobre ninguno de los contrincantes”.

El heredero, futuro Felipe II, aún más celoso de la autoridad real que su padre, había tenido como primer asunto solucionar la rebelión de los “peruleros”, con todo lo que recordaban a la rebelión comunera de Castilla en los primeros años del reinado de Carlos V, veía con celo todo lo que ensalzaba a las nuevas figuras dominantes de las Indias. Por eso el texto gomariano se vuelve polémico, sobre todo la parte sobre México³⁰ y, por lo tanto, el poder real decidió que, paralelamente a la prohibición, se recogieran todos los papeles de Gómara que debían ser entregados al cronista oficial, López de Velasco.

Las fuentes de las historias de Gómara

Otra parte muy apasionante del estudio de Nora Jiménez, es la que llama “las fuentes doctrinales de las historias de Gómara”³¹. Es evidente que estas finas investigaciones no podían dejar indiferente al historiógrafo porque, como lo indica la autora, en ese libro se puede ver:

“cómo los modelos clásicos podían permear la práctica de la historia en el siglo XVI y las consecuencias narrativas formales y de conceptualización que podían tener estos recursos en un relato histórico”.

El modelo historiográfico del siglo XVI se constituye con la lectura e imitación de los historiadores clásicos, particularmente Plutarco y Salustio. De Salustio se busca imitar el estilo porque parecía el más adaptado a la materia que pretendía relatar y de Plutarco historiador, multieditado en ese siglo y en todas las lenguas europeas, se recupera una historia marcada por las grandes figuras militares, los grandes capitanes, un género

30 Nora E. Jiménez, Op. cit., p. 297-298.

31 Nora E. Jiménez, Op. cit., p. 169. “De esta manera, la información de ambos textos circuló bajo el nombre de otro autor, y en un momento en que había perdido su carácter de actualidad. Después de episodios como el de Lepanto, y de la muerte de Felipe II, el contenido de ambos trabajos había pasado a ser material de celebración de una grandeza que se extinguía.”

historiográfico en plena expansión en todos los países europeos desde finales del XV³².

Es por eso que Gómara concibió de antemano su obra americana a partir de su lectura de los clásicos. Polibio no podía dejarlo indiferente, ya que en su tiempo, el proyecto de Polibio fue el de dar cuenta del nacimiento y plenitud de un gran imperio, el romano; como Gómara, se sentía él mismo testigo de la gran construcción del primer imperio mundial, el del rey de Castilla.

Por desgracia en la actualidad hemos perdido de vista la amplitud y lo novedoso del proyecto gomariano ya que no se trataba sólo de reconstruir el relato del hallazgo de nuevas tierras y de la construcción de un nuevo espacio político.

Hacer historia era para él un trabajo difícil y azaroso como lo reconoce en el Prólogo de su *Historia* donde confiesa que si a veces pudo errar no fue por malicia:

“he trabajado por decir las cosas como pasan. Si algún error o falta hubiere, suplido vos por cortesía. Y si aspereza, o blandura, disimulad, considerando las reglas de la historia que os certifico no ser por malicia. Contar cuando, donde, y quien hizo una cosa bien sea cierta. Empero decir cómo es dificultoso. Y así suele haber siempre en esto diferencia³³.”

Esa diferencia, irreducible teatro, donde se manifiestan a la vez el pecado y el orgullo del historiador es bien sentida por Gómara que sabe, con Cicerón, lo artificioso de la retórica en obra en el relato histórico para contar lo ocurrido. Si ese relato de lo ocurrido utiliza una mecánica discursiva destinada a la persuasión con argumentos racionales también, reconoce Gómara, interviene en él la influencia de “las pasiones, los sentimientos, las emociones”.

En su reflexión historiográfica Gómara explica asimismo por qué ha separado la conquista de la Nueva España.

“Distinguímos aquí dos partes de su materia: por un lado un personaje que

32 Nora E. Jiménez, Op. cit., p 214. Nos recuerda que en su “*Crónica de los Barbarroja*”, p. 13, Gómara escribe: “Las cosas de los demás excelentísimos capitanes que ahora hay, hablando sin perjuicio de nadie, he emprendido describir, no sé si mi ingenio llegase a su valor, ni si mi pluma alcanzara donde su lanza: pondré a lo menos todas mis fuerzas en contar sus guerras”

33 Si bien muchas de estas protestas pertenecen también de manera retórica a los tópicos propios del género histórico, en el caso de Gómara considerando la magnitud e importancia de su obra, podemos ver esas protestas sobre su trabajo como bastante sinceras.

ha tenido una actuación tan ejemplar y sobresaliente que amerita un espacio narrativo para sí, separado de otra parte que es “como las historias juntas y enteras...”, que escribieron Salustio y Polibio”.

Esta afirmación permite a Nora Jiménez, en acuerdo con su intento de pensar la unidad de la obra de López de Gómara, “mostrar que la Historia fue pensada de antemano y no es sólo –como se ha dicho– un texto elaborado con el mero fin de servir de introducción a la Conquista de México, ni menos de agradecer a un patrono.”³⁴

No solamente Gómara encontraba un modelo en Polibio, sino que se encontraba frente a un conjunto de guerras y conquistas que superaron con creces la obra de los romanos. Confortado en su orgullo de pertenecer a ese nuevo pueblo elegido³⁵, éste lo obliga a trabajar esa enorme “materia americana” e intentar poner en ella un poco de orden para que, una vez apagada la cacofonía de las batallas, se pueda descubrir allí una inteligibilidad, que era la de la providencia guiando a España³⁶.

América como revelación escatológica

Cuando en la Historia de Indias, en su dedicatoria al emperador Carlos V, López escribe que “la mayor cosa después de la creación del mundo sacando la encarnación y muerte de Cristo, es el descubrimiento de Indias; y así las llaman nuevo mundo”, debemos tomar esa afirmación con mucha seriedad. La construcción del imperio de las Indias es más que una simple conquista o la afirmación de un nuevo *imperium*, ya que éste aparece aquí como un punto mayor de inflexión teológico que determina toda la historia humana. La referencia a la encarnación, punto fundamental y arranque de la última etapa de la historia del género humano, según las grandes

34 Punto de vista erróneo producido por la ilusión retrospectiva “de Gómara como fuente para la historia de México”, así como por el prejuicio de haber sido un trabajo mercenario en el cual lo que importaba realmente era celebrar al patrón.

35 Nora E. Jiménez, Op. cit., p 213. “Nunca nación extendió tanto como la española sus costumbres, su lenguaje y armas ni camino tan lejos por mar y tierra, las armas acuestas”.

36 Nora Jiménez, *Ibid.*, 262, recuerda que esto marca una gran diferencia, por ejemplo, con el texto de González Fernández de Oviedo que suele perderse en medio de una inmensa información, de la que Gómara lograr entresacar lo esencial; “la homogeneidad estructural y la nitidez de la prosa de Gómara vuelven a explicarse por su conocimiento de la historiografía clásica y contemporánea, que le permitió, sin pisar nunca tierra americana escribir por su parte, la historia más famosa de la conquista de las Indias”

divisiones de la Historia Teológica, no es aquí sólo un lugar común retórico, o palabra de cortesano zalamero, sino como lo hemos desarrollado en nuestro libro,³⁷ la manifestación de la lógica textual que anima y sostiene la escritura de la obra gomariana como la de todas las crónicas de esa época.

No solamente los españoles son el nuevo pueblo elegido, sino que es bajo el cetro de un emperador hispano como se prepara la unificación del género humano, preludeo al regreso de Cristo. No debemos olvidar que desde hace varios siglos se espera, en el corazón de los anhelos escatológicos cristianos, a ese gran soberano cristiano que reunirá al universo bajo su batuta y entregará a Cristo regresado su corona en el Huerto de los Olivos, una vez obtenida la victoria y conversión del Islam, y el pueblo judío igualmente convertido. Por lo tanto el papel de la Historia, según Gómara, es relatar cómo Dios se sirve de los españoles para lograr sus fines y prepara la venida de su Hijo, un relato que Dios mismo desea en un afán de edificación moral de los mortales³⁸. Por eso tantas referencias en las crónicas al hecho de que la victoria fue procurada por Dios y no tanto por las cualidades militares de los esforzados soldados españoles.

Conclusiones

De esta rápida revisión de la obra de Nora Jiménez se pueden desprender varias cosas complementarias. La primera, que este libro es imprescindible para pensar la obra de Gómara y debería ser de consulta obligatoria para todos los que se quieren acercar a la conquista de México y a las crónicas de los siglos XVI y XVII. La segunda, que el libro sobre la Conquista de México, que nos apasiona tanto desde este lado del Atlántico, tiene un lugar propio en la estructura general de la obra de Gómara y que extrayéndola sin precaución perdemos mucho de la riqueza del contenido de ese libro y peor acusándolo de cualquier cosa. La tercera es que en la lógica de la obra global

37 Guy Rozat, *Indios imaginarios e indios reales en los relatos de la Conquista de México*, México, Universidad Veracruzana, BUAP, 2ª. ed., 2002.

38 “Son de Dios los reinos y señoríos, él los muda, quita y da a quien y como le place, que así lo dijo él por el profeta. Y también quiere que se escriban las guerras, hechos y vidas de reyes y capitanes para memoria, aviso y ejemplo de los otros mortales. Y así lo hicieron Moisés, Esdras y otros Santos”. (Gómara, Conquista de México).

de Gómara estaba en germen, conforme al tipo de historiografía dominante en la época, y que su reflexión sobre la conquista de México como hazaña providencial cortesiana, pertenece igualmente a esa gran construcción historiográfica imperial. Ya que Gómara pretendió obtener toda su vida el título de cronista real, tanto su curiosidad como estas aspiraciones no le permitían ignorar la personalidad de Cortés, y por lo tanto, puede confesar sin ningún problema “que lo conoce”, tanto a él y a su campaña victoriosa, como a los regalos suntuosos y curiosos que trajo, objetos de todas las conversaciones de la corte y la ciudad, pero esto no quiere decir que haya entrado en relaciones familiares con aquél. La única prueba documental de la relación financiera entre Gómara y los Cortés es el pago de una recompensa que hace Martín Cortés, después de la publicación de la obra y el reconocimiento de unas deudas que le debían los Cortés desde hacía algunos años, pero ya muerto desde hacía tiempo el gran Hernán. Por otra parte, está suficientemente esclarecido que Gómara jamás fue capellán de Cortés, ya que en este puesto existen otros dos clérigos mencionados en su testamento donde Gómara, el supuesto confesor y confidente, está ausente. Gómara fue sólo “Capellán de Corte”, una de tantas distinciones que permitían esperar a jóvenes clérigos sin fortuna, con el tiempo, una carrera en dicha corte.

Por lo tanto creo que la reconstitución casi día a día de la vida y obras de Gómara que encontramos en el libro de Nora Jiménez, nos procura suficientes elementos para desechar la supuesta relación servil de Gómara con Cortés, descrita al final de la obra de Duverger con una trivialidad y una serie de anacronismos impresionantes: “Cortés contrata a Gómara porque necesita una pluma oficial”. El joven escritor, supone también Duverger, le hace leer a Cortés los borradores de su *Crónica de los Barbarroja*. Éstos fascinan tanto a Hernán “que lo contrata”. Según Duverger

“en realidad, Gómara es un colaborador discreto, constantemente disponible. Cortés lo hace trabajar intensa y continuamente pero a medio tiempo... durante las sesiones de trabajo, el conquistador le proporciona elementos de información... Gómara toma notas y vuelve a su gabinete; en caliente, redacta, pasa en limpio, ordena la materia.”

Al mismo tiempo que, sin descanso y en secreto, el propio Cortés trabaja en la escritura de la crónica que durante siglos se ha creído de

Bernal, en la cual, incluso, habilidad suprema, “no vacila en fustigar la versión oficial y elitista de Gómara”. Creemos que esa recuperación a toda costa por Duverger de la vieja acusación contra Gómara, y su transformación en el simple sirviente de Cortés, fuera de toda verosimilitud histórica, deja muy endeble toda su construcción sobre esa supuesta hipótesis revolucionaria de que Cortés sería el verdadero autor de la crónica de Bernal, y el inspirador de la de Gómara.